

## EDUCAR PARA LA EXCLUSIÓN: EL LENGUAJE POLÍTICAMENTE CORRECTO

■ Yasmín Adriana Santiago González\*

---

*El presente ensayo tiene como objetivo demostrar que el lenguaje políticamente correcto prolonga los prejuicios que presuntamente trata de señalar y combatir. Es un lenguaje que favorece la falta de compromiso de una parte de la población con otra que tiene una posición percibida como inferior. En este sentido promueve la exclusión en lugar de la inclusión.*

---

La corrección lingüística es una práctica que se ha llevado a cabo en la sociedad a lo largo de su historia. Este es un proceso que sucede de manera natural: responde a la necesidad del grupo social de proporcionar prestigio a cierta manera de usar el lenguaje o a ciertos modos expresivos.

En las últimas décadas se ha visto cada vez con mayor frecuencia una tendencia a la corrección que no está enfocada en promover el prestigio lingüístico, sino en suavizar o matizar expresiones que pudieran resultar ofensivas a algunos sectores de la sociedad o a determinados individuos. Es lo que hemos dado en llamar corrección política o lo “políticamente correcto”.

La práctica de la corrección política se lleva a cabo cuando una persona o un grupo usa eufemismos o terminología considerada “suave” para referirse a situaciones con una carga semántica o ideológica que pueden interpretarse como desventajosas u ofensivas para quien las padece. Para Chamizo (2004), “El llamado ‘lenguaje políticamente correcto’ es básicamente eufemístico” (p. 47).

Así, el concepto de corrección lingüística obedece a un criterio de prestigio de la lengua, mientras que

el de corrección política está al servicio de lo que podríamos denominar un “higienismo semántico”.

### ¿DE DÓNDE VIENE LA TENDENCIA A LA CORRECCIÓN POLÍTICA?

El movimiento de la corrección política se originó en Estados Unidos en la década de los 70. Filosóficamente, se nutre del pensamiento posmodernista del antidualismo; lingüísticamente de la idea de que el lenguaje es la única herramienta que nos acerca al conocimiento; por último, cuestiona la existencia de una realidad per se, que es así y no puede cambiarse (Guitart Escudero, 2005, pp. 61-64).

El uso de la corrección política en el lenguaje incide en varios aspectos: por un lado, en el intento



---

\* Yasmín Adriana Santiago González es licenciada en Letras Españolas por la UANL. Es docente de lengua, literatura y humanidades con amplia experiencia, especializada en habilidades de lectoescritura en los niveles educativos medio superior y superior. Es estudiante de la Maestría en Educación Superior con énfasis en Docencia de la UMM. Actualmente es maestra en la Preparatoria Núm. 3 y la UMM.

de separar los elementos “desafortunados” en la realidad de una persona o grupo social del individuo mismo que lo padece, como si con el uso de una expresión fuera posible modificar la realidad. Por otro, un desconocimiento profundo de las expresiones que se trata de cambiar. Finalmente, revela los prejuicios que los usuarios tienen acerca de las personas en situación de desventaja.

En general, recurrimos a la corrección política cuando queremos referirnos a condiciones que se salen de lo que la comunidad considera normal. Aunque el lenguaje políticamente correcto puede aplicarse a cualquier situación, hay tres contextos en los que resulta habitual y de los cuales hablaremos: la discapacidad, las etnias y los grupos sociales.

## LA CORRECCIÓN POLÍTICA Y LA DISCAPACIDAD

El lenguaje políticamente correcto ha plagado todos los estratos de nuestras vidas. Sin embargo, aquel en el que más tempranamente se manifestó fue en la manera de nombrar y dirigirnos a los discapacitados. Expresiones que habían sido tomadas como correctas y claras: inválido, minusválido, retrasado mental, etcétera, de pronto adquirieron matices incorrectos y ofensivos.

La palabra inválido, que en el ámbito de la salud indica que una persona no puede valerse enteramente por sí misma, de pronto significó que la persona calificada de “inválida” tenía menos valor ante la sociedad. Entonces empezó a usarse la palabra “discapacitado” como una manera más suave de referirse a la situación de tragedia personal que asolaba a un individuo. A esta expresión la siguieron otras, de las cuales la actual trata de ser más incluyente con todas las discapacidades: “persona con capacidades diferentes”.

Moscoso (2010) hace notar que la sociedad tiene una percepción limitada de la vida del discapacitado. Considera que el lenguaje políticamente correcto genera la falsa sensación de que las expresiones neutras disocian la discapacidad del discapacitado. Dice que:

La alternativa falaz que ofrece el lenguaje políticamente correcto a la persona con discapacidad es la de actuar como si no tuviera ninguna, el hecho de que la discapacidad

persista ajena a todo sortilegio, es algo que sabemos los discapacitados y todos los que nos conocen de cerca. (...) Pues haciendo que el discapacitado viva como si no tuviese ninguna discapacidad lo que se consigue es que quienes le rodean no tengan que enfrentarse a sus propios prejuicios, que provienen de las dificultades de asumir las propias limitaciones (p. 272).

El resultado de esta tendencia en México es el uso de expresiones cada vez más rebuscadas para expresar condiciones que, en su nombre más simple, dejan clara la naturaleza del padecimiento del individuo: inválido se llamaba antes a quien requería de una silla de ruedas para desplazarse, ciego a quien padecía ceguera, retrasado mental a quien padecía una disminución intelectual, etcétera. Actualmente, para referirnos a los individuos o los colectivos de estos individuos, es necesario usar una expresión neutra, políticamente correcta, para no ofender a nadie nombrando su discapacidad: persona con capacidades diferentes es la expresión más usual, que engloba casi todas las discapacidades físicas que puede padecer un individuo; niños o personas especiales a quienes sufren un trastorno mental o cognitivo. Sin menospreciar las intenciones de aligerar la carga negativa que tienen las discapacidades en la sociedad, el uso de estos eufemismos, vagos, complicados, dificultan en realidad la comprensión de la comunidad hacia el individuo que padece una limitante física o mental, además de que revela la profunda falta de empatía con el discapacitado: no querer nombrarlo es negar, de alguna manera, su existencia.

## LA CORRECCIÓN POLÍTICA Y LAS ETNIAS

En Occidente, la igualdad ante la ley es una premisa básica de la convivencia social. En ningún país legislado bajo los principios de los derechos humanos se aceptará que una persona es inferior a otra por causa de su etnia, su género o sus creencias religiosas. Pero en la práctica, sabemos que no es así: que cultural e incluso educativamente hablando, existen prejuicios fuertes contra las minorías sociales.

En el caso de las etnias, se comprende que el uso del lenguaje políticamente correcto obedece a un esfuerzo de legitimar y visibilizar grupos étnicos

que han sido ignorados y maltratados a través de la historia: en México ya no queremos llamar “indios” a los indígenas, porque durante muchos siglos, esa palabra ha sido usada como insulto y tiene una carga peyorativa: indica atraso y falta de inteligencia. Ahora los llamamos pueblos originarios, y aunque en realidad eso es justamente lo que son, no podemos asegurar que la sociedad entienda plenamente la carga semántica que esta expresión contiene.

En estos casos, la tendencia a usar el lenguaje políticamente correcto parece estar circunscrito a lo que Fairclough llama “cambio social”:

Digamos que una forma particular de la vida social es una red particular de prácticas sociales (...) que incluye las articulaciones particulares entre la cultura, la lengua (discurso) y otros elementos de las prácticas sociales. Diremos que el cambio social es un cambio en las redes de las prácticas sociales y en la articulación de esos elementos (2009, p. 498).

En Estados Unidos, que fue el pionero en el establecimiento del lenguaje políticamente correcto, el tratamiento neutro a las minorías raciales se

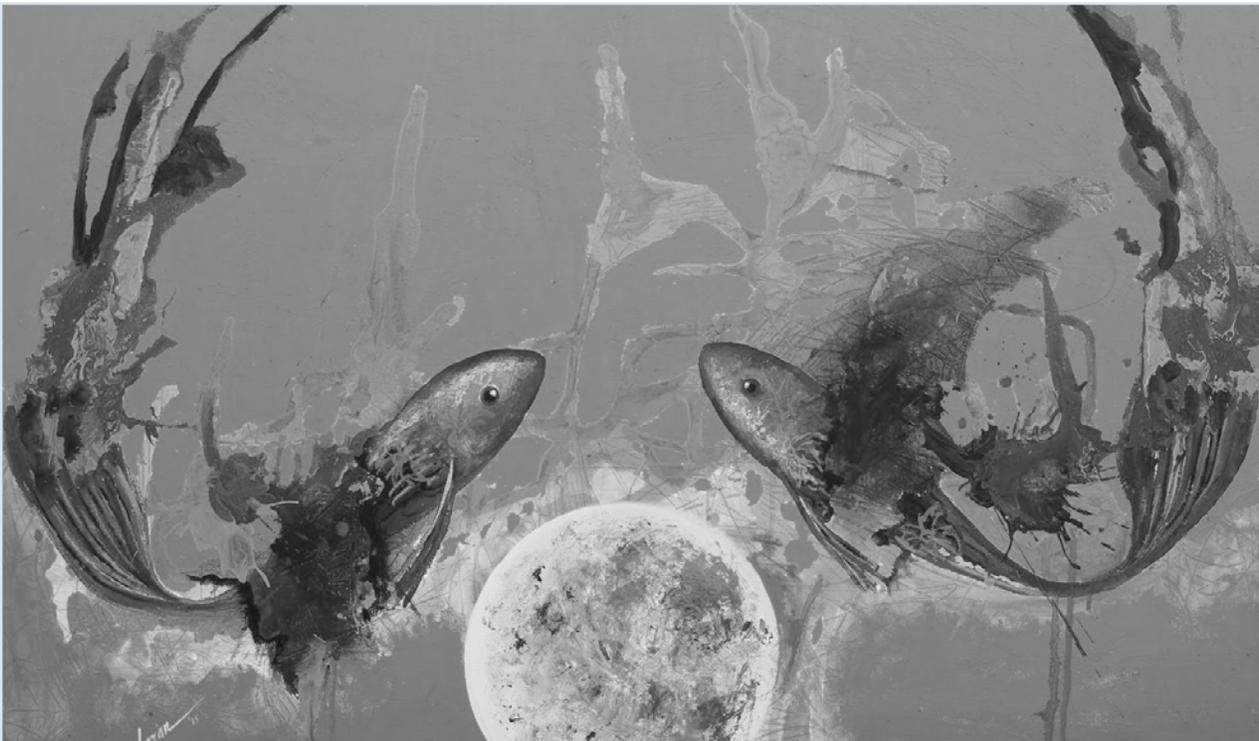
manifiesta en la expresión “gente de color” en lugar de “negros”. En México esta expresión tiene su equivalente: “afrodescendiente”.

El cambio social del que habla Fairclough tendría que penetrar todos los ámbitos de la convivencia social para ser efectivo: debería tener un reflejo en el sistema educativo, en la percepción que tenemos de estos grupos.

## LA CORRECCIÓN POLÍTICA Y LOS GRUPOS SOCIALES

En nuestra sociedad, hay grupos que tienen menos prestigio y visibilidad ante la comunidad. En México, grupos como las mujeres, los gays y los ancianos son tratados de manera diferente porque se les considera, en muchos aspectos, individuos de menor valía.

La equidad de género es un asunto prioritario en nuestro país, en el que la violencia contra la mujer es una práctica cultural y normalizada. Sin embargo, el lenguaje políticamente correcto se ha filtrado, velada o descaradamente, en el lenguaje inclusivo.



Mientras “todos” y “todas” no rebase el nivel de lo puramente discursivo, no deja de ser corrección política.

En el caso de los ancianos, las denominaciones “adulto mayor”, “personas en edad avanzada”, “personas de la tercera edad”, etcétera han desplazado a las formas que culturalmente dotaban de dignidad a la última etapa de la vida adulta: ancianidad, senectud, vejez. Muchas personas consideran insultante llamar a alguien anciano, cuando esa es la expresión correcta para una persona muy mayor.

La comunidad gay no es la excepción: la tendencia a hipercorregir las denominaciones de las identidades sexuales son otra manifestación de la corrección política.

## ¿Y CÓMO PODEMOS CORREGIR ESTAS TENDENCIAS?

Si nos detenemos a pensarlo cuidadosamente, las expresiones de corrección política denotan la imposibilidad de una comunidad a aceptar la diferencia: el problema del lenguaje políticamente correcto es que disfraza nuestras intenciones, nos hace parecer bondadosos, generosos, tolerantes, cuando en realidad somos mezquinos y rastroso. Hablamos en un lenguaje incluyente, pero dejamos al que es diferente fuera de las esferas de acción: hablamos de pueblos originarios, pero la mayor parte de los indígenas viven en la miseria; hablamos de equidad de género, pero las mujeres sufren mayor violencia que los hombres; hablamos de adultos mayores, pero no somos capaces de garantizarles una pensión digna.

En Estados Unidos, las estadísticas muestran que los negros tienen mayor posibilidad de vivir en la pobreza o ser procesados por un crimen. En México, puedes odiar a un negro y no demostrarlo porque lo llamas afrodescendiente.

La corrección política erosiona el lenguaje: en lugar de unirnos, nos separa. Si el lenguaje es la herramienta mediante la cual una comunidad puede mantener vivos los lazos que la une, la corrección política viene a desgastarlo, y por lo tanto, a socavar las instituciones. No podemos olvidar que el fascismo llega envuelto en encajes de corrección, envuelto en

el ideario del pueblo donde anida. En Alemania llegó vestido de destino histórico. En Estados Unidos, de valores republicanos y de decencia.

¿Y México? ¿Cómo puede librarse de excesos históricos como éstos?

Con educación. Pero no con educación superficial, que marca que el valor del mes es la tolerancia. Con educación profunda que enseñe no sólo que el diferente puede ser integrado, sino que en cierta forma todos somos diferentes. Que nuestras experiencias de vida son distintas, que la experiencia humana no se puede estandarizar y que no existe tal cosa como una persona “normal” que sirva como rasero para medir a los anormales.

En este sentido, la educación le ha quedado a deber a nuestra sociedad, pues ha integrado el discurso superficial de los valores en lugar de enseñar a los individuos a convivir unos con otros. ¿Cómo puede un varón ser inclusivo con una mujer? Aprendiendo a conocerla, conversando con ella, tratándola con el mismo respeto que desea recibir. ¿Cómo podemos incluir a un discapacitado a la vida civil? Conociéndolo, saliendo a tomar un café con él, acompañándolo en su vida diaria.

Es imposible ser inclusivo con una parte de la sociedad a la que queremos hablar bonito, pero con la que no queremos vivir. No hemos sido educados para la convivencia, sólo para la coexistencia.

## REFERENCIAS

Chamizo Domínguez, P. (2004, marzo). La función social y cognitiva del eufemismo y del disfemismo. *Panacea@*, 1(15). Recuperado de [http://www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n15\\_tribuna-ChamizoDominguez.pdf](http://www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n15_tribuna-ChamizoDominguez.pdf)

Fairclough, N. (2009). ‘Políticamente correcto’: la política de la lengua y la cultura. *Discurso & Sociedad*, 3(3), 495- 512. Recuperado de [http://www.dissoc.org/ediciones/v03n03/DS3\(3\)Fairclough.pdf](http://www.dissoc.org/ediciones/v03n03/DS3(3)Fairclough.pdf)

Guitart Escudero, M. P. (2005). *Lenguaje político y lenguaje políticamente correcto en España (con especial atención al discurso parlamentario)*. (Tesis de doctorado, Universitat de Valencia, Valencia, España). Recuperada de <http://roderic.uv.es/handle/10550/15299>

Moscoco, M. (2010). Tirar la piedra y esconder la mano: El lenguaje de lo políticamente correcto en la discapacidad. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 4(2). Recuperado de <http://www.intersticios.es/article/view/5687/4358>